

Capítulo IV

¡Tierra!

Entre los tripulantes de la *Pinta* iban dos jóvenes marinos, uno de Moguer y otro del mismo puerto de Palos, llamados el uno Rodrigo de Triana y el otro Pablo Arjona.

Era el primero modelo de diligencia y actividad.

Era el segundo, tipo acabado de la pereza.

Los dos, aunque de distinto pueblo, por la proximidad de Moguer á Palos, se habian tratado desde la infancia, y eran grandes amigos.

Habian emprendido antes de aquella expedicion algunas otras, en barcos pescadores, ó en las carabelas que se alejaban más de la costa, y en todos sus viajes habian acreditado más y más el uno su pereza, su diligencia el otro.

Algunos episodios de las mocedades de estos dos marinos servirán para caracterizarlos, y al mismo tiempo para entretener á mis lectores, que por fuerza despues de llevar tantos dias en el mar acompañando á Colon en su expedicion, deben desear volver siquiera sea someramente á trabar relaciones con la tierra.

Pablo Arjona era lo que se llama un hombre afortunado, pero hasta cierto punto.

Tenia, por decirlo así la fortuna de inspirar simpatías á todo el mundo, de excitar interés en su favor, pero su indolencia era causa de que en el momento de que la simpatía y el interés que inspiraba daba el fruto, llegase Rodrigo de Triana más diligente que él á recogerle.

Bien es verdad que tambien le habia costado caro, porque, de chico, su actividad le habia valido una paliza que estaba destinada á Pablo Arjona.

Andando el tiempo todas las buenas mozas en cuyo corazon habia despertado caritativos sentimientos el atrevido piloto de Palos, habian sido más tarde novias de Rodrigo.

Y lo mismo en la pesca que en los viajes, la pereza del primero habia sido la causa de la suerte del segundo.

Pero Rodrigo era muy buen muchacho, y daba parte de sus ganancias á su compañero.

¿Cómo siendo tan perezoso, preguntará el lector, pudo Pablo embarcarse?

Se embarcó por una razon muy sencilla.

No habia pensado formar parte de la expedicion; pero su amigo Rodrigo logró que el dia del embarque fuese con él temprano á visitar la *Pinta*, en donde debia embarcarse á las órdenes de su antiguo amigo Alonso María Pinzon, y estando allí tuvo pereza de volverse á tierra.

En honor de la verdad, puede decirse que el ménos impaciente de todos los marineros que acompañaban á Colon en su arriesgado viaje era Pablo.

La mayor parte del tiempo lo pasaba durmiendo, y el resto pensaba en dormirse.

A la altura en que estaban las tres carabelas tocó á Pablo el turno de desempeñar las funciones de vigilante.

—Anda que ahora te toca á tí,—le dijeron sus camaradas.

—Lo siento, porque estaba aquí tan bien sentado,—contestó Pablo.

—No te apures por eso,—dijo Rodrigo,—yo te reemplazaré.

—Hombre, sí, acepto, y te lo agradezco infinito.

—Pues dicho y hecho.

Rodrigo de Triana se colocó en la proa para explorar el agua, porque hasta entonces no habia ni señal de campo.

No habian pasado diez minutos. cuando Rodrigo con estentórea voz exclamo:

—¡Tierra, tierra!

Esta palabra circuló como una chispa eléctrica entre los navegantes, y todos, incluso Pablo, concur-

rieron á rodear al afortunado marino, que con sólo pronunciar una palabra habia obtenido una pension de treinta escudos para toda su vida.

A una legua de distancia vieron todos los que iban en la *Pinta*, y á su frente Martin Alonso, la tierra con toda la belleza que podia tener á los ojos de aquellos hombres que tantos dias llevaban en el mar.

La alegría de aquellos marineros no tuvo límites.

Todos se abrazaban los unos á los otros, cantaban, oraban, corrian de un extremo á otro del buque, dando brinco de alegría, haciendo toda clase de demostraciones de júbilo.

Viendo tan próxima la tierra, dispuso Martin Alonso permanecer á la capa.

Gracias á esto, no tardaron en acercarse á la *Pinta* las otras dos carabelas, y la alegría de la primera se comunicó á las otras dos, haciéndose general el entusiasmo.

Las tres embarcaciones acortaron las velas y se mantuvieron á la capa, esperando á que amaneciese para ver el terreno á que se aproximaban y saber con quién iban á habérselas.

¡Sublime momento de la vida de Colon!

Los hombres que le acompañaban, alborozados con la realizacion de sus esperanzas, no sorprendieron las lágrimas de emocion que asomaron á los ojos del ilustre marino genovés.

El pensamiento de su vida estaba realizado.

Habia encontrado tierras desconocidas en medio de la inmensidad del Océano.

En su concepto, había llegado á una isla salvaje del mar Indio, tal vez á la célebre Cipango, que era para todos los navegantes de aquella época la isla del oro, por decirlo así, el *summum* de sus esperanzas, porque se figuraban que allí hallarian el oro más abundante que la tierra en los campos.

Los capitanes de las tres carabelas se reunieron en la *Santa María*, y pasaron aquellas horas que les separaban de la nueva luz del día conversando sobre el hallazgo que acababan de hacer.

—Que hay habitantes en la isla,—decía Martín Alonso,—no se puede dudar; la luz que hemos visto moverse de un lado á otro lo prueba.

—Pero, ¿quiénes serán esos habitantes?—decía su hermano.—¿Serán semejantes nuestros ó pertenecerán á alguna raza extraña?

—Lo terrible,—decía Alonso Velez,—es que nos figuremos llegar á un país como los que hemos soñado, y nos encontremos á la luz del nuevo día con un desierto erial.

—¿Quién dice que no estamos en la isla de las *Siete Ciudades*?—dijo un viejo piloto llamado Bartolomé Roldán.

Los marineros le pidieron explicaciones acerca de aquella isla, que ya habían oído nombrar otras veces, y en tanto que los Pinzones y Colón basaban en sus conocimientos científicos las conjeturas del sitio en que se hallaban, los tripulantes oyeron de los lá-

bios de Roldán las noticias que tenía de aquella isla célebre.

—Habeis de saber, amigos míos,—dijo,—que cuando España y Portugal fueron conquistadas por los moros, huyeron sus habitantes en diversas direcciones, deseosos de librarse de la esclavitud que los amenazaba.

Un obispo de los más renombrados que había entonces, seguido de gran número de fieles, se embarcó y fió su suerte á la veleidad de las olas.

El tiempo que estuvieron á merced de ellas, nadie ha logrado saberlo.

Pero es lo cierto que se encontraron en medio del Océano, y que andando, andando, vieron una inmensa superficie de tierra despoblada.

El obispo y los fieles que le acompañaban deliberaron acerca de lo que harían, y viendo que poseía aquella tierra bastantes frutos para alimentarlos, decidieron permanecer allí y fundar siete ciudades, al frente de cada una de las cuales se pondría un obispo.

—¿Y cómo se supo eso?—preguntó uno de los que con más curiosidad oían el relato.

—Varios pilotos portugueses, al volver de sus viajes, dijeron que habían visto la isla, y hasta he oído contar que algunos de ellos, detenidos por los habitantes de las ciudades fundadas por los obispos, los llevaron á la iglesia para asegurarse de si eran ó no católicos, y al ver que profesaban su verdadera fé les preguntaron si poseían aún los moros la España y el Portugal.

—Esa sin duda debe ser la *Isla del oro*, de que yo he oído hablar muchas veces.

—No te falta razón,—añadió Roldán,—porque en tanto que los pilotos conversaban con los isleños, algunos de los marineros juntaron arenas en las playas para el uso de las cocinas de los buques, y vieron con sorpresa que una tercera parte de la tierra era oro.

Acapararon todo lo que pudieron, y cuando los habitantes de la isla les rogaron que permanecieran con ellos algún tiempo, temerosos de que se descubriera que se llevaban la arena aurífera, se embarcaron y desaparecieron.

Cada cual de los circunstantes añadió nuevos datos á la conseja, y así mataron el tiempo, que se les hacia largo.

Tal era el deseo que tenían de poner el pié en tierra firme!

Al amanecer del viernes 12 de Octubre de 1492, empezó á desarrollarse ante su vista una hermosa isla de algunas leguas de perímetro, verde y lozana, y cubierta de frondosos árboles, que le daban todo el aspecto de una espléndida selva.

Ni un monumento, ni una casa de fábrica, nada que diese idea de la civilización que dejaban atrás los viajeros, se apareció á su vista.

Y aunque todo lo que veían indicaba que la naturaleza se hallaba allí en su primitivo estado, no tardaron en descubrir figuras humanas que salían de los bosques y corrían á aglomerarse á la orilla del

mar, deteniéndose absortos á contemplar las carabelas que se balanceaban muellemente sobre las plateadas olas.

Pero si grande era la curiosidad de los indígenas, no era menor la de los europeos, que los miraban á su vez asombrados.

Aquellos hombres, aquellas mujeres, estaban completamente desnudos, y su actitud, su gesto, la expresión de su fisonomía, todo revelaba en ellos lo maravillados que se hallaban.

—Ya hemos hallado, amigos míos,—dijo Colón con estentórea voz á sus compañeros,—la tierra que deseábamos, tierra habitada por una raza diferente á la nuestra; un Nuevo-Mundo, en fin.

Echad las anclas, armad los botes, ataviaos con vuestros mejores trajes, coged los pendones de Castilla, enarboladlos; vamos á poner la planta sobre los dominios que hemos venido á conquistar para nuestros reyes.

Todos, con la mayor presteza, obedecieron sus órdenes, y despues de adornar con ricas telas de escarlata el bote de Colón, seguidos de los funcionarios que habían puesto á sus órdenes los soberanos, comenzó á dirigirse con el estandarte real en la mano hácia la orilla deseada.

Martín Alonso Pinzón y Vicente Yañez, su hermano, con algunos otros marineros, ocuparon los demás botes, llevando banderas con una cruz verde por blason, y las iniciales:

F. I.

Estas iniciales eran las de los monarcas de Castilla Fernando é Isabel.

Cada una de ellas tenia una corona encima.

A medida que se acercaban á la arena su entusiasmo era mayor, porque descubrian las extensas florestas que adornaban la playa, y notaban que los árboles de la costa estaban cargados de frutos desconocidos para ellos, pero de aspecto tentador.

Al mismo tiempo aumentaba la belleza de aquella isla la suavidad de la atmósfera, la diafanidad de las aguas que lamian la arena.

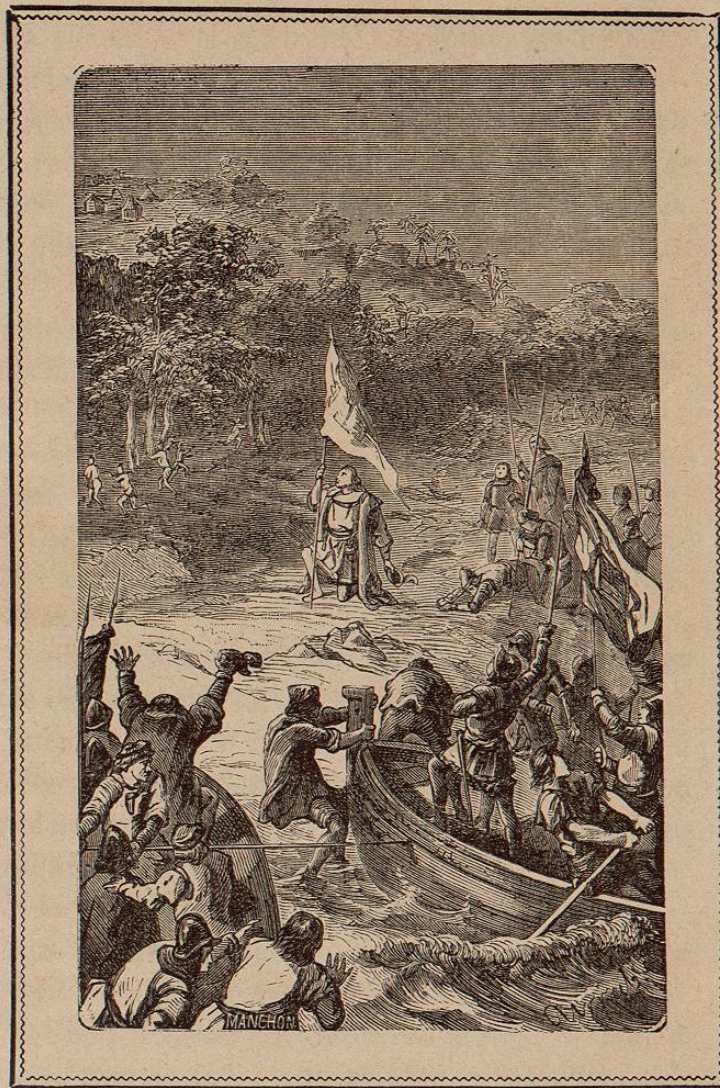
Colon desembarcó el primero, y arrodillándose profundamente conmovido:

—Dios Eterno y Todopoderoso,—exclamó, besando aquella tierra que era símbolo de su gloria;—Dios, que con la energía de tu palabra creadora diste vida al firmamento, al mar y á la tierra: que tu nombre sea bendecido y glorificado, que tu majestad y tu soberanía universal sean exaltados de siglo en siglo; tú, que has permitido que el más humilde de tus esclavos pueda dar á conocer tu nombre sagrado en esta mitad de tu imperio, ignorado hasta hoy de los hombres (1).

Los naturales del país retrocedieron, más con espanto que con asombro, presenciando aquella escena con intuitivo recogimiento.

Los capitanes de las embarcaciones, los pilotos, los marineros, todos los que saltaron á tierra, imita-

(1) Esta plegaria es auténtica.



CRISTÓBAL COLON.—...desembarcó el primero.

ron á Colon; y el almirante, levantándose despues, desnudando la espada, blandiéndola en el aire al mismo tiempo que tremolaba el estandarte real, llamó en torno suyo á los dos Pinzones, á Rodrigo de Escobedo, escribano de la escuadra, y á todos los demás que habian desembarcado, y dijo:

—En nombre de los monarcas de Castilla tomo posesión de esta isla, á la que doy el nombre de San Salvador.

Cumplidas las ceremonias:

—Ahora es preciso,—dijo á todos los que le rodeaban,—que me presteis juramento de obediencia, como almirante y virey de los países que hemos venido á conquistar en representacion de nuestros soberanos.

Todos prestaron solemne juramento; los marineros se entregaron á una alegría frenética, y como dice muy bien un célebre historiador, los que no há mucho tiempo temian caminar hácia una tumba, se consideraban ya como favorecidos de la fortuna y se entregaban al más entusiasta gozo.

Unos le abrazaban; otros le besaban las manos.

Los que más rebeldes se habian mostrado durante el viaje, se distinguieron por su sumision.

Y Velez, Rascon y Quintero se acercaban á él á pedirle favores, como á un hombre en posicion de repartir riquezas y premios.

Los que más le habian ofendido le pedian perdon, le ofrecian en lo sucesivo la más ciega obediencia.

—Ahora,—dijo Colon—, es necesario cumplir la

voluntad del soberano. Uno de los marineros de la *Pinta* es el primero que ha descubierto tierra: necesito saber su nombre, para cumplir la voluntad de los reyes.

—El que la ha descubierto,—dijo Martín Alonso,—es Rodrigo de Triana.

—Pero no es él, sino el almirante, exclamó Pedro Gutiérrez,—el que merece el premio, porque Colón es el primero que ha descubierto la luz, que es lo que nos ha indicado que había tierra, y yo he sido el que, llamado por él, me he afirmado en sus esperanzas.

Colón estaba en un momento de apogeo, y todos á una exclamaron:

—Sí, sí, que sea para él el premio: ¡bien lo merece!

Hasta el mismo Rodrigo de Triana:

—Yo se lo cedo de buen grado,—exclamó.

Colón, estrechando su mano:

—Tuyo será,—le dijo.

Y tendiendo la vista hácia la isla:

—Vamos á ver dónde nos hallamos, dijo á los suyos, disponiéndose á internarse.

Antes de acompañarlos, digamos á nuestros lectores cuál era aquella isla y quiénes los habitantes que moraban en ella.

De esta manera comprenderán mejor la benévola acogida que, por efecto de la situación de su espíritu, dispensaron á los marinos europeos, á quienes veían por la primera vez.

Capítulo V.

Guanahani.

La isla que acababa de bautizar Colón con el nombre del Salvador, llamábase por los naturales isla de Guanahani.

Estaba situada esta isla en la América septentrional, y era una de las Lucayas.

Definense con este nombre en aquella parte del Nuevo Mundo, una porción de islas que forman un archipiélago de los más bellos.

Pero las principales eran las llamadas Bahama, Guanahani, Inagua, Lucaya y las que más tarde tomaron el nombre de la Providencia, Andros é isla Larga.

Este archipiélago estaba separado de la Florida por el canal de Bahama, y en el lado opuesto formaba con sus islas una cadena, que yendo á concluir